

“La Isla”

La medicina se ha convertido en un océano de conocimientos. Sus procelosas aguas se agitan en uno y otro sentido con nuevas investigaciones. El médico está en él como en un barco y si desea mantenerse en vigencia como profesional tiene que avizorar hacia los cuatro puntos cardinales. Desde su nave no puede ver los lejanos confines hacia los que tiene que dirigirse, pero debe seguir su derrotero con un incansable estudio pues sabe que el médico que se quede al garete, irremediablemente fracasa. Su curso debe ser vigilado por el día y por las estrellas.

Una isla es una aventura científica, es un descanso pero también un estímulo. Puede desembarcar en ella pero pasajera, y allí no dejará de ser el mismo: curioso, con su destino de averiguar todo. La isla tendrá el ambiente que desea - la medicina - pero su paisaje le será leve, le proporcionará goce a los sentidos, temas para meditar y nuevos impulsos para animarse.

Cuando abandone la isla, volverá al mar de cifras, fórmulas químicas, estadísticas, dosificaciones, procedimientos, signologías. Entendiéndolos, dirigirá su frente noble hacia el horizonte.

Dr Alfonso Gamarra Durana

Dr. Alfonso Gamarra Durana LA RELIGIÓN EN LA COSMOVISIÓN ANDINA.

Se expresa de acuerdo con un concepto peculiar del tiempo y del espacio, que inclusive ofrece un tipo de revelación. Para el extranjero, la vida en las montañas le impresiona como una aceptación de la soledad, pero no lo es para el verdadero habitante de esas regiones. El espacio religioso lo lleva a estar emparentado con las percepciones que gana de la naturaleza, los signos que le rodean son atribuciones del espíritu. Sus manifestaciones reciben nombres porque con ellos departe y comparte. Una especie de magia comienza a rodear al relieve porque de la contemplación ha nacido el entendimiento. Ella es la fuente primera del conocimiento del natural. Mientras más lejos llega en la visión del altiplano, va recogiendo conceptos que los une en un misticismo, emparentado con las creencias de todas las especulaciones universales altiplánicas o de las cúspides nevadas. Parece que han sentido que son parte del acontecer, que ha desbordado las estrechas medidas y obligado a tener la influencia decisiva en la gestación de un acontecimiento que se mide en tiempos colosales, aprovechándose de los abismos donde se hunden las estrellas.

Este hombre primitivo no completa el cuidado de un tiempo infinito, y cree que el cosmos no puede poseer límites porque es manejado por un principio invisible.

Solamente un orden divino, que existe desde siempre, puede aclarar la esencia de un mito. Todos los seres de la misma especie están formados por las similares sustancias interiores, dominados por iguales leyes naturales que reglan los fenómenos biológicos, que aparentemente, para ellos, son naturales y automáticos. Los seres con vida atrapan, se alimentan, despedazan,

sin romper un equilibrio natural. Los antecesores de los pueblos quechuas buscaban en las comunidades cercanas las sustancias que, -piensan-, vienen en el interior de esas vidas en la medida justa para mantener la existencia, en las proporciones justas para sostener el eslabón cósmico, que demuestra que todo lo viviente está esbozado para representar una conjunción cíclica. Los naturales creen que hay seres en los espacios cercanos que se mantienen en distintos periodos de evolución. La agresividad cuando actúa contra la naturaleza, se vuelve virulenta, contra nosotros mismos esperando pasar por algunas otras etapas.

Muchos de sus pensadores no pueden recomponer sus explicaciones porque no es fácil penetrar en el pensamiento mítico; además lo que ha sido por siglos una tradición oral no puede adoptar un sistema de lenguaje escrito. El pensamiento mítico no encuentra el verbo adecuado para expresar las vivencias. Lógicamente que en una lógica distinta, se necesita también confeccionar premisas distintas. Muchos conceptos de la cosmovisión aymara, inducen a repensar ideas anacrónicas, ordenar los conceptos, hilar muy fino para presentir reflexiones como si se quisiera colocar las piezas de un rompecabezas cuyos considerandos sólo se pueden encontrar en distintos planos seculares.

“Al llegar al Collasuyo, en la segunda mitad del siglo XVI, los europeos se enfrentaron a la vez con una tierra desconocida y con una concepción del mundo ajena y nueva”. Como todos los vencedores, intentaron arrasar las creencias del vencido para sustituirlas por una religión propia y forma de pensar. Después de tantos siglos de ocupación, los territorios invadidos se han comportado como si despertaran, después de un largo sueño, a ese mundo que utilizaban los ancestros en sus principios y conceptos. Los conglomerados están introducidos en un todo orgánico donde los conceptos tienen dimensiones sagradas y profanas. (Malu Sierra: Donde todo es altar. Cap. 5) Lo sagrado es todo lo que el habitante ama, y lo profano lo que se desliza escapándose de lo comprensible, de lo hábil. Por eso cada acción del hombre debe buscar la dimensión sagrada, entrando en una contemplación de todo aquello que se ha creado, casi milagrosamente; y porque en el trasfondo siempre se descubre una esencia sagrada, se debe ritualizar cada aspecto de la vida corriente como sembrar papas, conseguir que el ganado procreé, cuidar a la tierra hasta que dé abundantes vegetales. Para todo suceso del cotidiano, atraer a las fuerzas dadoras de energía, contemplarlas, honrarlas y siempre buscar el nexo con algún otro medio que tenga fuerza vital.

Un curioso personaje, entre los más destacados del altar de los dioses, adopta forma humana, y de tamaño de idollito, y también puede ganar mayores dimensiones que las personas que lo reverencian por sus poderes. Es el Equeco, feo y giboso, pero que ganaba expresiones deleitosas para las mujeres, también manejaba la honda, y a su conjuro se desprendía el relámpago y la horda de truenos. Junto con esta forma de potencia, los naturales adoraban las lluvias, el granizo, los torbellinos, etc.

De esta manera, en el entendimiento de la naturaleza ha forjado su carácter y su identidad, que es su cosmovisión. La religión y la mitología que se desprenden de ella están pobladas de personajes fascinantes y misteriosos. A través de relatos han corrido de boca en boca, de abuelo a padre e hijo, la existencia de dioses, como personajes principales de los mitos. Especialmente la estrategia del sincretismo ha tenido su rol en la dinámica de las fiestas y de los ritos que se deben conservar, de acuerdo con las fechas, el cambio del clima y la fijación de un calendario agrario que está hábilmente ordenado para que se cumplan con exactitud las prácticas en el campo.

Muchas universidades tienen la carrera de Antropología, y allí se han ido formando más expertos investigadores, y sobre todo aquellos técnicos en la interpretación de las tradiciones. Con sus aportes científicos hacen aparecer que los conocimientos de la cosmovisión andina de los aymaras, que se pretendió sepultar durante la invasión y el coloniaje, hubiera quedado paralizado en la marcha de los tiempos; que es concepción imposible porque la manifestación más patente del espíritu divino en el cosmos es el sol, y tras de él están los astros y todas las demás apariciones meteorológicas, que se aprecian en su inconmensurable grandeza especialmente en las noches estrelladas y el firmamento infinito que hace de escenario inmensurable

Dr. Alfonso Gamarra Durana

Dr. Alfonso Gamarra Durana LA CITUA DEL TAWANTINSUYU

El 21 de septiembre se celebra el "día del médico boliviano" recordando la citua del Tawantinsuyu. Era "una de las cuatro fiestas solemnes que los reyes incas conmemoraban en su corte –al decir de Garcilaso de la Vega-. Era de mucho regocijo, porque lo hacían cuando desterraban de la ciudad y su comarca las enfermedades o cualesquiera otras penas y trabajos que los hombres pueden padecer". Se la preparaba con ayunos severos de varios días, y se la efectuaba conforme a la tradición, en un principio simultáneamente en la casa real y en el Templo del Sol. Tenía las características de una fiesta espiritual con un trasfondo de protección a la salud del pueblo.

Al despuntar el alba salía de la fortaleza una autoridad militar "ceñida su manta al cuerpo, con una lanza en la mano..." En la plaza principal le esperaban cuatro inkas de sangre real; éstos tocaban con sus sendas picas la lanza que aquel llevaba, para reunir los males que habían captado la punta y listones en sus desplazamientos. Los cuatro salían en carrera y en dirección centrífuga hacia los puntos cardinales, agitando las lanzas que recogían los males y enfermedades. Mientras tanto, los pobladores barrían y limpiaban amenazantes en el interior de sus habitaciones para sacar los males; en las calles, hombres armados con hondas de fuego obligaban, en gesto bélico, a que las pestilencias salieran en escapada. Mientras se alejaban, las poblaciones, casas y vías, se regaban con agua y se lavaban meticulosamente (Guamán Poma). Las lanzas conminantes de los guerreros echaban a las enfermedades hasta un cuarto de legua, donde una mayor escuadra de lanceros terminaba de llevarlas hasta los remotos confines y, finalmente, hincar las lanzas depuradoras en el suelo, demostrando que de esta forma se sepultaban todos los males y que no volverían a perturbar a los habitantes ni a su bienestar ni a su salud.

Los sabios del imperio anunciaban esta fiesta con anterioridad y le recordaban al inka su ejecución; a su vez acompañaban a los avances de los guerreros y comprobaban que las enfermedades habían sido limpiadas, y consecuentemente, destruidos y quemados ropajes, utensilios y muebles que hubieran estado en contacto con los valetudinarios de su comarca.

Ahora nos hacemos una interrogación lógica: ¿Tendrían ellos la misión de cuidar, aislar o alejar a los habitantes que soportaban males no controlados en ese momento?

Analizando el raciocinio de los hombres en las culturas primitivas del territorio que forma actualmente nuestro país, encontramos una trama simbólica significativa. El ser antiguo no interpretaba la presencia de las enfermedades, ni de ningún suceso físico como hace el civilizado de la actualidad, pues el nativo estaba convencido que había un ser, de diversas dimensiones, que vivía introducido en el viento, en la planta, en la montaña, en la piedra o el rayo. Este genio infundía sus atributos al rayo en su velocidad, al río en su movimiento, a la hoguera en su calor, que eran cualidades que también se podían descubrir en la gente. Sentían los naturales que un algo interior debía necesariamente dar vida a esos sucesos, como otro ser, informe e intangible, hacía mover a las personas mientras no eran cadáveres.

De ahí porqué la simbología de la citua es seductora y promotora de otras derivaciones mitológicas y literarias. La enfermedad para aquellos era asimismo una manifestación maligna o punitiva de otro ser que ingresaba al organismo. Entenderlo para exigirle su salida, y hallar comportamientos humanos para obligarlo a alejarse de los núcleos poblados, constituyeron la religión de los quechuas y la política en cuanto a tratar los asuntos que probablemente tuvieron los antecesores de ese pueblo y sus descendientes ya bajo el poder español.

Connotaciones maravillosas encontramos cuando destapamos las representaciones que guarda la citua; y nos apresuramos al expresarla así:

Emergiendo de este punto infinito que es el centro del hombre, estriado por las pequeñas líneas que son las indecisiones del destino, se reparten como energías hacia la periferia y las extremidades. Y el cuerpo inquietante, esa carne abierta hacia la vida que nace del origen de las obras, que traspone los umbrales del dolor controlados por el sensorio y por el sentimiento transformado en el corazón. El centro desde el cual el soberano imparte las leyes y desde donde se contempla el curso de una estrella o se orientan la sístole y la diástole que corrigen la proa de los glóbulos en un torrente de plasmas. La secuencia no es la demostración de un prodigio o la realización de un milagro. El portento, en una visión brillante, está en la causa, en el propósito

de la vida. Las sombras imprecisas, tangibles en su velocidad de onda, están en los nervios motores, como se abren calles en las ciudades, como se despliegan caminos en los imperios.

El cuerpo fascinante está determinado por un armazón de costillas simétricas por las que avanzan los viandantes de los movimientos respiratorios, cambiando al ser ubicuo por una realización de peregrinaje inmigrante para que se inhale el aire puro de las novedades lejanas.

El conocimiento está en el centro mismo, en el punto en que no bascula en ningún sentido, si no hay el deseo de expulsar las miasmas y el vago morbo que desorganiza todo. Cuando llega el momento en que los planetas anotan sus cábalas en un firmamento receptor, el soberano, la tradición, las instancias de las limpiezas orgánicas, mandan que la radicalidad de los impulsos expulsen lo turbio y lo malsano, borren la máquina amenazante de traumatismos homicidas y no permita que los agentes del asalto se enraícen en el seno mismo de la choza o de la célula, del palacio o del órgano. La fe nace del centro del hombre, como de la capital poderosa, nada puede cambiar si ella no aparece, y cuando se asoma, más allá de los límites, más allá de los confines, el enemigo desaparece, la miseria se ralea y la enfermedad se evapora.

Si no hay la fe de hacer la vida pura los hombres quedan suspensos en la contemplación de la carroña humana, un rostro rígido, unos ojos en sopor, una boca, paralizada en un rictus inacabable de grito lúgubre, un tórax en la inapremiante necesidad de respirar, y un abdomen de paredes flácidas que intuyen movimientos minireptantes en sus interiores. Si del centro del trono no corre la norma en todas las direcciones de los vientos, o el chaski de la inmunidad no devasta incansable, quedará la superficie borrosa de los escombros. En la naturaleza, en el hombre, en el reino.

Es preciso pues un sacrificio infinito, una repetición desconcertante de propósitos, de anunciar leyes horadantes en la memoria ávida, para que no vuelva lo deletéreo, para que no retorne el pasado de la noche, para que no vulnere el pasado de los tiempos, para que la muerte no sea un suceso acostumbrado.

Lo que rodea al hombre, lo que la acción del hombre circunvala, debe librarse de la amenaza de lo amaratado y carcomido y debe ser más bien la materialización de los deseos humanos, la contemplación de un rostro apasionado pero sereno, la incorporación de un espíritu férvido en el hombre y su pueblo, más allá de las enfermedades, más allá de las guerras, más allá de los maleficios...

El sabio anciano tenía su lugar en aquella ceremonia. Como ahora y siempre. Movidio por el ser interno que, usando sus capacidades recónditas, produce en la conciencia el amor y la entrega a su prójimo, que suelta su intervención en el momento oportuno para aliviar y sanar a los conglomerados humanos. Como en la leyenda, el nombre y las asombrosas e infatigables intervenciones se olvidarán; su labor benefactora... ¡nunca!